

Pero, a pesar de su enfermedad –o tal vez precisamente por ella–, en el otoño de 1948, Rodrigo Rubio se marchó a Valencia, en donde pronto encontró su primer empleo como dependiente en una tienda de ultramarinos, situada en la Avenida de María Cristina, junto a la Plaza del Caudillo. Allí se encargaba de cortar los cupones de las cartillas de racionamiento, de transportar mercancías desde el sótano o desde los almacenes más cercanos, y de barrer la acera.

Un trabajo que dejó al cabo de un mes, justo el día en que su hermana Pilar lo vio tirando de un carrito de mano, cargado de sacos de arroz y cajas de jabón. Entonces pasó a trabajar con su hermana y su cuñado en el Mercado Central de Valencia.

Y fue en Valencia donde los contactos con la literatura fueron cada vez más asiduos y más intensos, sobre todo a partir de enero de 1955, fecha en la que, tras un recrudecimiento de su enfermedad, fue operado de ambos pies en el Sanatorio de la Malvarrosa y tuvo que pasar más de dos años casi totalmente inmovilizado.

Un largo periodo de convalecencia durante el cual devoraba todos los libros que caían en sus manos y en el que, además, se le despertaron los deseos de escribir y de participar en concursos literarios. Y así, en 1960, ganó su primer premio –dotado con mil pesetas– en un certamen celebrado en Requena con motivo de la Fiesta de la Vendimia, por un artículo sobre el cultivo de la vid. Y, un año después, el premio Gabriel Miró del Ayuntamiento de Alicante, con la novela *Un mundo auestas*. Un premio que le supuso una gran alegría, la cual se vio empañada, en parte, por el recuerdo de la muerte de su hermana Pilar, a causa de la leucemia, y de su padre, fallecidos en 1956 y 1957, respectivamente.

Por eso mismo, esta novela está dedicada a una de las personas más queridas por él: “A la memoria de mi hermana Pilar, con este abrazo imposible⁷”. Una novela que fue calificada por su autor como “novela proustiana”, y con la que se inicia la que será una constante de toda su obra literaria: la búsqueda nostálgica del tiempo perdido, ese tiempo centrado en el “mundo de la adolescencia, la vida sana, limpia, humana, entrañable, de los pueblos manchegos⁸.”

Un mundo que Rodrigo gustaba de traer al recuerdo una y otra vez, en un intento de aferrarse a algo que sentía que se iba perdiendo poco a poco en el olvido y que él hubiera querido seguir viendo puro y sin contaminar como consecuencia del inexorable paso del tiempo y de la llegada de los cambios que imponían la evolución y la modernización.

⁷ Rubio, R., *Un mundo auestas*, Madrid, Prensa Española, 1969, p. 7.

⁸ *La Estafeta Literaria*, n.º 338, febrero de 1966, p. 12.